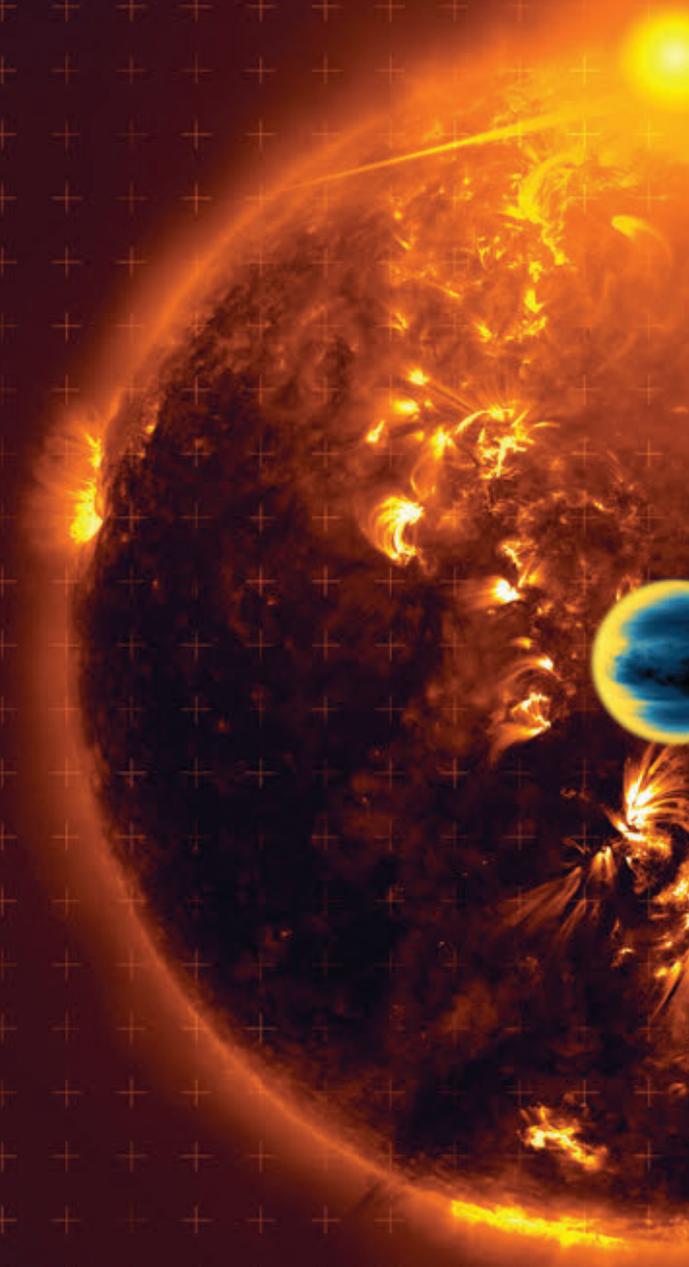


LA PAJA EN EL OJO DE DIOS

LARRY
NIVEN
JERRY
POURNELLE

minotauro ESENCIALES



**LA
PAJA
EN
EL
OJO
DE
DIOS
LARRY
RIVEN
JERRY
POURNELLE**

minotauro ESENCIALES

Título original: *The Mote in Gods Eye*

© Larry Niven y Jerry Pournelle, 1974

© Traducción de José M. Álvarez Flórez

© Editorial Planeta, S. A., 2003
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0830-0

Depósito legal: B. 7.219-2020

Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1. Mando

3017 d. C.

–Saludos del almirante, y que vaya usted a su oficina inmediatamente –anunció el brigadier Staley.

El comandante Roderick Blaine miró ansiosamente alrededor del puente, donde sus oficiales dirigían las reparaciones en voz baja y urgente, cirujanos ayudando en una difícil operación. El compartimento de gris acero era una confusión de actividades, todas ellas independientes, pero la impresión general era de caos. Las pantallas del sector del timonel mostraban el planeta de abajo y las otras naves en órbita junto a la *MacArthur*, pero por todas partes habían sido retirados los paneles de los cuadros de mando, y aparecían los instrumentos de control de su interior, y los técnicos trabajaban con útiles electrónicos de colores codificados para sustituir todo lo que pareciese dudoso. Golpes y chirridos resonaban a través de la nave en los lugares donde los del grupo de ingeniería de la tripulación trabajaban en el casco.

Se veían en todos lados las huellas del combate, horribles quemaduras donde el campo Langston protector de la nave se había sobrecargado momentáneamente. Un agujero irregular mayor que el puño de un hombre atravesaba por completo un cuadro de mandos, y dos técnicos parecían permanentemente instalados en el sistema por una red de cables. Rod Blaine contempló las manchas negras de su traje de combate. Aún persistía el olor a vapor metálico y a carne quemada en su olfato, o en su cerebro, y de nuevo veía el fuego y el metal fundido brotar del casco y caer sobre él. Su brazo izquierdo aún estaba sujeto sobre el pecho por una venda elástica, y podía seguir la mayoría de las actividades de la semana anterior por las manchas que llevaba.

¡Y llevo a bordo solo una hora!, pensó. Con el capitán fuera, y todo revuelto. ¡No puedo irme ahora! Se volvió al brigadier.

–¿Ahora mismo?

–Sí, señor. La señal indicaba que era urgente.

No había nada que hacer, entonces, y cuando el capitán volviese a

bordo sería un infierno para Rod. El teniente Cargill y el ingeniero Sinclair eran hombres competentes, pero Rod era oficial ejecutivo y el control de los daños era responsabilidad suya, aunque hubiese estado fuera de la *MacArthur* cuando esta recibiera la mayoría de los golpes.

El asistente de Rod carraspeó discretamente y señaló el sucio uniforme.

–Señor, ¿tendremos tiempo de ponerlo más decente?

–Buena idea. –Miró el tablero de posición para asegurarse. Sí, aún faltaba media hora para que pudiese tomar un vehículo para descender a la superficie del planeta. Descender antes no le llevaría más deprisa a la oficina del almirante. Sería un alivio desprenderse de aquellas ropas de trabajo. No se las había quitado desde que le hirieran.

Tuvieron que enviar por un cirujano para desvestirlo. El médico observó la tela blindada incrustada en su brazo izquierdo y murmuró:

–No se mueva, señor. Este brazo está hecho un desastre. –Su tono era desaprobatorio–. Debería haber ingresado hace una semana.

–Imposible –replicó Rod.

Una semana atrás la *MacArthur* había estado combatiendo con una nave de guerra rebelde, que la había alcanzado más veces de lo que debiera antes de rendirse. Después de la victoria Rod tuvo que acudir a la nave enemiga, y no hubo allí facilidades para un tratamiento adecuado. Cuando le retiraron la venda olió algo peor que sudor de una semana. Aquel olor podía ser de gangrena.

–Sí, señor. –El médico retiró más vendas. La tela sintética era dura como el acero–. Ahora tendrá que someterse a cirugía, comandante. Para que puedan trabajar los estimuladores regenerativos hay que quitar todo esto. Y mientras esté usted ingresado podremos arreglar esa nariz.

–Me gusta mi nariz –le dijo Rod fríamente. Se tocó el apéndice, ligeramente retorcido, y recordó la batalla en la que se lo había roto; Rod consideraba que le hacía más viejo, lo que no estaba mal a los veinticuatro años normales; y era la enseña de un triunfo ganado, no heredado. Rod estaba orgulloso de sus antecedentes familiares, pero había veces en que la reputación de los Blaine resultaba algo difícil de mantener.

Por fin le retiraron las vendas y le aplicaron Numbitol en el brazo. Los asistentes le ayudaron a colocarse un uniforme de un azul polvoriento, faja roja, cordón dorado y charreteras; estaba todo arrugado, pero era mejor que los trajes de monofibra. La rígida chaqueta le hacía daño en el brazo pese a la anestesia, pero descubrió que podía apoyar el antebrazo en la culata de la pistola.

Una vez vestido subió al transbordador de desembarco de la bodega hangar de la *MacArthur*, y el piloto condujo el vehículo a través de las grandes puertas del ascensor volante sin eliminar el giro de la nave. Era

una maniobra peligrosa, pero ahorra tiempo. Se encendieron los retrovisores, y el pequeño planeador alado se hundió en la atmósfera.

NUEVA CHICAGO: Mundo habitado, Sector Trans-Saco de Carbón, aproximadamente a veinte parsecs de la Capital Sectorial. El primario es una estrella amarilla F9 llamada comúnmente Beta Hortensis.

La atmósfera es muy parecida a la normal de la Tierra y respirable sin ayudas o filtros. La gravedad media es de 1,08. El radio planetario es de 1,15, y la masa de 1,12 según medida terrestre, lo que indica que se trata de un planeta de densidad superior a la normal. Nueva Chicago tiene una inclinación de 41 grados con un eje semimayor de 1,06 UA, moderadamente desviado. Las variaciones resultantes de las temperaturas estacionales han confinado las áreas habitadas a una franja relativamente estrecha en la zona sur templada.

Hay una luna a distancia normal, llamada comúnmente Evanston. El origen del nombre es oscuro.

Nueva Chicago tiene un setenta por ciento de mar. La tierra firme es predominantemente montañosa, con continua actividad volcánica. Las amplias industrias metalúrgicas del periodo del Primer Imperio fueron casi todas destruidas en las guerras separatistas; la reconstrucción de una base industrial ha ido desarrollándose satisfactoriamente desde que Nueva Chicago fue admitida en el Segundo Imperio en el 2940 d. C.

La mayoría de los habitantes residen en una sola ciudad, que lleva el mismo nombre del planeta. Los otros centros de población están muy esparcidos, y ninguno de ellos tiene más de cuarenta y cinco mil habitantes. La población total del planeta era, según el censo del año 2990, de 6,7 millones de habitantes. Hay explotaciones mineras de hierro y ciudades metalúrgicas en las montañas, y extensos asentamientos agrícolas. El planeta es autosuficiente en la producción de alimentos.

Nueva Chicago posee una creciente flota mercante, y está localizado en un punto que resulta muy conveniente como centro de comercio interestelar del Sector Trans-Saco de Carbón. Está gobernado por un general gobernador y un consejo nombrado por el virrey del Sector Saco de Carbón; hay también una asamblea elegida y han sido admitidos dos delegados en el Parlamento Imperial.

Rod Blaine miraba ceñudo las palabras que fluían a través de la pantalla de su computadora de bolsillo. Los datos físicos eran actuales, pero todo lo demás anticuado. Los rebeldes habían cambiado incluso el nombre de su mundo, de Nueva Chicago a Señora Libertad. Su gobierno se

reorganizaría por completo. Desde luego perdería sus delegados; podía perder incluso el derecho a una asamblea elegida.

Apartó el instrumento y miró hacia abajo. Estaba sobre una zona montañosa, y no vio signo alguno de guerra. Gracias a Dios, no se habían producido bombardeos allí.

Sucedía a veces: una fortaleza urbana se resistía con el auxilio de defensas planetarias basadas en satélites. La Marina Espacial no tenía tiempo para asedios prolongados. La política imperial era acabar con las rebeliones con el menor coste posible en vidas..., pero acabar con ellas. Un planeta rebelde podía verse reducido a resplandecientes campos de lava, con la supervivencia de solo unas cuantas ciudades rodeadas de las negras cúpulas de los campos Langston; y luego ¿qué? No había naves suficientes para transportar alimentos a través de las distancias interestelares. Después vendrían plagas y hambre.

Sin embargo, pensaba Rod, era el único medio posible. Él había jurado fidelidad al ingresar en el servicio imperial. La humanidad debía agruparse en un solo gobierno, por la persuasión o por la fuerza, para que no volvieresen a repetirse los centenares de años de las guerras separatistas. Todos los oficiales imperiales habían podido ver los horrores que acarreaban tales guerras; por eso las academias estaban localizadas en la Tierra y no en la Capital.

Al aproximarse a la ciudad vio los primeros indicios del combate. Un anillo de tierras devastadas, fortalezas destruidas, cintas de hormigón del sistema de transporte rotas; luego la ciudad casi intacta, pues había permanecido al abrigo del círculo perfecto de su campo Langston. La ciudad había padecido daños menores, porque, una vez retirado el campo, había cesado toda resistencia efectiva. Solo los fanáticos siguieron luchando contra la Infantería de Marina Imperial.

Pasaron sobre las ruinas de un alto edificio descabezado por la caída de una nave de aterrizaje. Alguien debía de haber disparado sobre los infantes de marina y el piloto no había querido que su muerte resultase inútil...

Rodearon la ciudad, aminorando para poder aproximarse a los muelles de aterrizaje sin destrozar todas las ventanas. Los edificios eran viejos, la mayoría contruidos con tecnología hidrocarbónica, supuso Rod, con franjas arrancadas y sustituidas por estructuras más modernas. De la ciudad del Primer Imperio que se había alzado allí nada quedaba.

Cuando descendieron al puerto situado sobre la Casa del Gobierno, Rod vio que no era preciso aminorar la velocidad. La mayoría de las ventanas de la ciudad estaban ya rotas. Había multitudes por las calles, y los únicos vehículos que se movían eran los transportes militares. Algunos ciudadanos permanecían ociosos, otros entraban y salían corriendo de

las tiendas. Infantes de la Marina Imperial con su uniforme gris montaban guardia tras las alambradas electrificadas contra disturbios que rodeaban la Casa del Gobierno. El vehículo de Rod tomó tierra.

Blaine fue conducido rápidamente a la planta del gobernador general. No había una sola mujer en el edificio, aunque las oficinas del gobierno imperial estaban normalmente llenas de ellas, y Rod echó de menos a las chicas. Llevaba demasiado tiempo en el espacio. Dio su nombre al tieso infante de marina que hacía de recepcionista y esperó.

No se dedicó a pensar en la inmediata entrevista, y pasó el rato contemplando las blancas paredes. Todos los cuadros decorativos, el mapa estelar en tres dimensiones con banderas imperiales flotando sobre las provincias, todo el equipamiento normal de una oficina de general gobernador de un planeta de primera clase había desaparecido, dejando feas huellas en la pared.

Por fin el guardia le introdujo en la oficina. El almirante Vladimir Ricardo Jorge Plejanov, vicealmirante del Negro, Caballero de San Miguel y San Jorge, se sentaba a la mesa del general gobernador. No había señal alguna de su excelencia el señor Haruna, y Rod pensó por un instante que el almirante estaba solo. Advirtió luego la presencia, junto a la ventana, del capitán Cziller, su superior inmediato en la *MacArthur*. Todos los elementos transparentes estaban rotos, y había profundas señales en las paredes revestidas. Muebles y adornos habían desaparecido. Incluso el Gran Sello (corona y nave espacial, águila, hoz y martillo) faltaba de la mesa cubierta con duraplast. Rod no recordaba haber visto nunca una mesa de duraplast en la oficina de un general gobernador.

—Se presenta el teniente Blaine, cumpliendo sus órdenes, señor.

Plejanov devolvió con aire ausente el saludo. Cziller no se volvió de la ventana. Rod mantuvo un aire de rígida atención mientras el almirante le contemplaba con la misma expresión. Por último dijo:

—Buenos días, teniente.

—Buenos días, señor.

—No lo son en realidad. Creo que no he vuelto a verle a usted desde la última vez que visité Crucis Court. ¿Cómo está el marqués?

—Bien la última vez que estuve en casa, señor.

El almirante cabeceó y continuó contemplando a Blaine con aire crítico. No ha cambiado, pensó Rod. Un hombre de gran competencia, que combatía su tendencia a engordar haciendo ejercicio en alta gravedad. La Marina Espacial enviaba a Plejanov cuando se suponía que el combate iba a ser duro. Nunca se dio el caso de que excusara a un oficial incompetente, y corría el rumor de que había tumbado en una mesa al príncipe coronado (ahora emperador) y le había dado una zorra cuando su alteza servía como brigadier en la nave *Platea*.

–Tengo aquí su informe, Blaine. Tuvo usted que abrirse paso hasta el generador del campo rebelde. Perdió usted una compañía de infantes de la Marina Imperial.

–Así es, señor. –Los fanáticos rebeldes habían defendido la estación del generador, y la batalla había sido feroz.

–¿Y qué demonios hacía usted combatiendo en tierra? –preguntó el almirante–. Cziller le dio a usted un crucero capturado para escoltar a nuestros vehículos de asalto. ¿Tenía usted órdenes de descender a tierra?

–No las tenía, señor.

–¿Acaso supone que la aristocracia no está sometida a la disciplina de la Marina Espacial?

–Por supuesto que no, señor.

Plejanov ignoró la respuesta.

–Y luego tenemos ese trato que hizo usted con un jefe rebelde. ¿Cómo se llamaba? –Plejanov miró sus papeles–. Stone. Jonas Stone. Inmunidad frente a cualquier posible proceso. Reintegro de propiedades. Pero qué demonios, ¿acaso se imagina que cualquier oficial tiene autoridad para hacer tratos con rebeldes? ¿O acaso tenía encomendada usted alguna misión diplomática que yo desconozca, teniente?

–No, señor. –Rod apretó con fuerza los labios contra los dientes. Deseó gritar, pero no lo hizo. Al diablo con la tradición de la Marina Espacial, pensó. Gané la maldita guerra.

–Veamos, ¿tiene usted una explicación? –exigió el almirante.

–Sí, señor.

–Bien, hable.

Rod habló con voz tensa y forzada.

–Verá, señor. Mientras mandaba la nave *Defiant*, recibí una señal de la ciudad rebelde. Por supuesto, el campo Langston de la ciudad estaba intacto, el capitán Cziller, a bordo de la *MacArthur*, estaba ocupado totalmente con las defensas planetarias del satélite, y el cuerpo principal de la flota estaba enzarzado en una lucha general con las fuerzas insurrectas. El mensaje estaba firmado por un caudillo rebelde. El señor Stone prometió admitir en la ciudad fuerzas imperiales a condición de obtener inmunidad completa frente a cualquier juicio y restauración de sus propiedades personales. Daba un tiempo límite de una hora, e insistía en que un miembro de la aristocracia sirviese como fiador. Si se atendía su oferta, la guerra terminaría en cuanto los infantes de marina entrasen en las instalaciones del generador del campo de la ciudad. Al no haber posibilidad de consulta con una autoridad superior, bajé yo mismo con las fuerzas de desembarco y di al señor Stone mi palabra de honor personal.

–Su palabra –dijo Plejanov frunciendo el ceño–. Como lord Blaine. No como oficial de la Marina.

–No había otro medio, almirante.

–Comprendo.

Plejanov parecía ahora pensativo.

Si no cumplía la palabra dada por Blaine, Rod acudiría a todos los medios, a la Marina Espacial, al gobierno... Por otra parte, el almirante Plejanov tendría que explicarse ante la Cámara de los Pares.

–¿Qué le hizo pensar que la oferta era sincera?

–Señor, estaba en código imperial y suscrita por un oficial del servicio secreto de la Marina.

–Así que arriesgó usted su nave...

–Ante la posibilidad de acabar con la guerra sin destruir el planeta. Sí, señor. He de señalar que el mensaje del señor Stone describía el campo prisión de la ciudad donde mantenían encerrados a los oficiales imperiales y a diversos ciudadanos.

–Comprendo. –Las manos de Plejanov se movieron en un súbito gesto de cólera–. Muy bien. Yo no quiero saber nada con los traidores, ni siquiera con uno que nos ayude. Pero respetaré su pacto, y eso significa que tengo que dar aprobación oficial a su desembarco. No tiene por qué gustarme lo que ha hecho, Blaine, y no me gusta. Fue una estupidez.

Pero resultó, pensó Rod. Continuaba tenso, pero sintió que el nudo de su estómago se aflojaba.

–Su padre corrió riesgos estúpidos –gruñó el almirante–. Estuvo a punto de conseguir que nos mataran a todos en Taniz. Es asombroso que su familia haya sobrevivido a través de once marqueses, y lo será aún más si llega hasta doce. Está bien, siéntese.

–Gracias, señor.

Rod se sentó rígido y tenso, su voz fríamente cortés.

La cara del almirante se relajó un poco.

–¿Nunca le dije que su padre fue mi oficial al mando en Taniz? –preguntó en tono más cordial Plejanov.

–No, señor. Me lo dijo él. –Aún no había cordialidad alguna en el tono de voz de Rod.

–Fue, además, el mejor amigo que tuve en la Marina Espacial, teniente. Su influencia me situó donde estoy, y él solicitó que usted estuviese bajo mi mando.

–Sí, señor. –Lo sabía. Pero en aquel momento se preguntaba por qué.

–Le gustaría a usted preguntarme qué espero que usted haga, ¿no es así, teniente?

–Sí, señor. –Rod se estremeció de sorpresa.

–¿Qué habría sucedido si la oferta del rebelde no hubiese sido sincera? Si hubiese sido una trampa...

–Los rebeldes podrían haber destruido mi comando.

–Sí. –La voz de Plejanov era acerbamente tranquila–. Pero consideró usted que valía la pena correr el riesgo porque tenía la posibilidad de poner fin a la guerra con pocas bajas por ambos bandos. ¿No es así?

–Así es, señor.

–Y si morían los infantes de marina, ¿qué habría podido hacer mi flota? –El almirante aporreó con sus puños la mesa–. ¡No habría tenido ninguna elección! –bramó–. ¡Cada semana que mantengo esta flota aquí es una oportunidad más para que los Exteriores ataquen uno de nuestros planetas! No habría tiempo para enviar a por otro transportador de fuerzas de asalto y a por más infantes de marina. Si hubiese perdido usted su comando, habría barrido este planeta reduciéndolo de nuevo a la edad de piedra, Blaine. ¡Aristócrata o no, no vuelva a colocar a nadie jamás en una situación así! ¿Ha comprendido?

–Sí, señor, he comprendido...

Tenía razón. Pero... ¿Qué habrían podido hacer los infantes de marina con el campo de la ciudad intacto? Rod bajó los ojos. Algo. Habrían hecho algo. Pero ¿qué?

–La cosa salió bien –dijo fríamente Plejanov–. Quizás tuviese usted razón. Quizás no la tuviese. Si hace usted otra cosa parecida, le degradaré. ¿Está claro? –Alzó un documento impreso, copia del expediente de Rod–. ¿Está la *MacArthur* preparada para el espacio?

–¿Cómo dice, señor? –La pregunta había sido formulada en el mismo tono que la amenaza, y Rod tardó unos instantes en accionar sus engranajes mentales–. Para el espacio, señor. No para un combate. Y no me gustaría que fuese muy lejos sin un reajuste general.

En la frenética hora que había pasado a bordo, Rod había realizado una inspección general, y esa era una de las razones de que necesitara un afeitado. Ahora se sentía inquieto y sorprendido. El capitán de la *MacArthur* seguía junto a la ventana, evidentemente escuchando, pero no había dicho una palabra. ¿Por qué no le había preguntado el almirante *a él*?

Mientras Blaine seguía preguntándose todo esto, habló Plejanov despejando sus dudas.

–Bueno, Bruno, tú eres capitán de la flota. ¿Qué dices? Bruno Cziller se volvió. Rod se quedó asombrado: Cziller no llevaba ya la pequeña reproducción en plata de la *MacArthur* que indicaba que era su jefe. En vez de ella, brillaban en su pecho el cometa y el sol del Estado Mayor de la Marina Espacial, y anchas cintas de almirante.

–¿Cómo está usted, teniente? –preguntó formulariamente Cziller; luego sonrió; aquella sonrisa oblicua era famosa en la *MacArthur*–. Tiene usted un magnífico aspecto. Al menos por el lado derecho. Bueno, estaba usted en la nave hace una hora. ¿Qué daños descubrió en ella?

Confuso, Rod fue informando del estado de la *MacArthur* según sus

comprobaciones, y de los arreglos y reparaciones que había ordenado. Cziller asentía y hacía preguntas. Por último dijo:

—Y cree usted que está preparada para salir al espacio, pero no para la guerra, ¿no es cierto?

—Así es, señor. No podría enfrentarse a una nave grande, de ningún modo.

—Eso es cierto. Almirante, quiero recomendarle lo siguiente: el teniente Blaine está en condiciones de ascender y podemos darle la *MacArthur* para que vaya a repararla a Nueva Escocia y siga luego hasta la Capital. Puede llevarse con él a la sobrina del senador Fowler.

¿Darle la *MacArthur*? Rod le oyó confusamente, asombrado. Tenía miedo a creerlo, pero allí estaba la oportunidad de demostrar algo a Plejanov y a todos los demás.

—Es muy joven. Demasiado. Nunca debería permitirle tomar el mando de esa nave —dijo Plejanov—. Aun así, probablemente sea la mejor solución. No creo que haya ningún problema en el viaje a Esparta por Nueva Caledonia. La nave es suya, capitán. —Al ver que Rod no decía nada, Plejanov le gritó—: Usted, Blaine. Queda ascendido a capitán y tomará el mando de la *MacArthur*. Mi secretario le dará instrucciones escritas dentro de media hora.

Cziller esbozó una sonrisa sesgada.

—Diga algo —sugirió.

—Gracias, señor. Yo..., yo creí que le desagradaba.

—No esté tan seguro de lo contrario —dijo Plejanov—. Si tuviese otra alternativa sería usted ayudante de alguien. Quizás resulte usted un buen marqués, pero no tiene carácter para la Marina. Supongo que eso no importa mucho; de todos modos su carrera no es la Marina Espacial.

—Ya no, señor —dijo cuidadosamente Rod.

Aún le dolía. El Gran George, que había destacado en el levantamiento de pesas a los doce años y poseía ya una gran corpulencia antes de los dieciséis..., su hermano George había muerto en una batalla al otro lado del Imperio. Rod podía estar haciendo cualquier cosa, planeando su futuro, o pensando voluntariamente en su casa, y el recuerdo llegaba como si alguien hubiese punzado su alma con una aguja. Muerto. ¿George?

A George correspondía heredar las fincas y los títulos. Rod solo deseaba hacer carrera en la Marina con la posibilidad de convertirse algún día en gran almirante. Ahora..., habían transcurrido menos de diez años y debía ocupar su puesto en el Parlamento.

—Tendrá usted dos pasajeros —dijo Cziller—. A uno lo conoce usted ya. ¿Conoce a la señorita Sandra Bright Fowler, ¿verdad? La sobrina del senador Fowler...

—La conozco, señor. Hace años que no la veo, pero su tío cena muy

a menudo en Crucis Court... Además, la encontré en el campo prisión. ¿Cómo está?

—No muy bien —contestó Cziller; su sonrisa se desvaneció—. La enviamos a casa, y no tengo ni que decirle que debe tratarla con la mayor delicadeza. Viajará con usted hasta Nueva Escocia, o hasta la Capital incluso, si ella quiere. Queda al criterio de ella. Su otro pasajero, sin embargo, es una cuestión diferente.

Rod le miró atentamente. Cziller miró a Plejanov, que asintió, y continuó:

—Su excelencia, el comerciante Horace Hussein Bury, magnate, presidente del Consejo de Autonética Imperial, y figura importante de la Asociación de Comerciantes Imperiales. Viajará con usted hasta Esparta, y no debe moverse de la nave, ¿comprende?

—Bueno, no exactamente, señor —contestó Rod.

Plejanov lanzó un bufido.

—Cziller lo ha dicho bastante claro. Pensamos que Bury está detrás de esta rebelión, pero no hay pruebas suficientes para una detención preventiva. Apelaría al emperador. Pues bien, le enviaremos a Esparta para que curse su apelación. Eso es lo que la Marina considera más adecuado. Pero ¿a quién debo enviar con él, Blaine? Posee millones. Más aún. ¿Cuántos hombres podrían dar un planeta entero como soborno? Bury podría ofrecer uno.

—Yo... Sí, señor —dijo Rod.

—Y no se muestre tan desconcertado, demonios —aulló Plejanov—. No he acusado de corrupción a ninguno de mis oficiales. Pero lo cierto es que usted es más rico que Bury. Ni siquiera puede tentarle. Es mi principal razón para darle el mando de la *MacArthur*, así no tendré que preocuparme de mi próspero amigo.

—Comprendo. Gracias de todos modos, señor. —*Y le demostraré que no es un error*, pensó.

Plejanov asintió como si leyese la mente de Blaine.

—Usted podría ser un buen oficial. Esta es su oportunidad. Necesito que Cziller me ayude a gobernar este planeta. Los rebeldes mataron al general gobernador.

—¿Mataron al señor Haruna? —Rod estaba asombrado; recordaba al viejo caballero, con bastante más de cien años, cuando fue a casa a visitar a su padre—. Era un viejo amigo de mi padre.

—No fue al único que mataron. Pusieron las cabezas clavadas en picas a la salida de la Casa del Gobierno. Alguien pensó que eso forzaría a la gente a apoyar la lucha durante más tiempo. Les daría miedo rendirse. Bueno, ahora tienen razón para tener miedo. El trato que usted hizo con Stone. ¿Hay alguna otra condición en dicho trato?

—Sí la hay, señor. Quedará rescindido si se niega a cooperar con los servicios secretos. Tiene que dar el nombre de todos los conspiradores.

Plejanov miró significativamente a Cziller.

—Que sus hombres se ocupen de eso, Bruno. Es un punto de partida. Muy bien, Blaine, disponga su nave y salga. —El almirante se levantó; la entrevista había terminado—. Tenemos mucho trabajo por delante, capitán. Empecemos.

2. Los pasajeros

Horace Hussein Chamun al Shamlan Bury indicó el último de los artículos que se llevaría con él y despidió a los criados. Sabía que esperarían a la salida de su suite para repartirse las riquezas que él dejaba atrás, pero le divertía hacerles esperar. Serían mucho más felices con la emoción del robo.

Una vez solo en la habitación se sirvió un gran vaso de vino. Era un vino de poca calidad introducido después del bloqueo, pero él apenas si lo advertía. El vino estaba oficialmente prohibido en Levante, lo que significaba que los traficantes pasaban cualquier producto alcohólico a sus clientes, incluso a los ricos como la familia Bury. Horace Bury nunca había llegado a apreciar realmente los licores caros. Los compraba para mostrar su riqueza, y para entretenerse; pero para él cualquier cosa servía. El café era una cuestión distinta.

Era un hombre bajo, como la mayoría en Levante, de piel oscura y nariz prominente, ojos negros y ardientes, rasgos afilados, gestos rápidos y un temperamento violento que únicamente percibían sus más íntimos allegados. Solo ya, se permitió un gesto colérico. Sobre la mesa tenía un documento enviado desde el despacho del almirante Plejanov, e interpretó fácilmente las frases formulariamente corteses que le invitaban a abandonar Nueva Chicago y lamentaban que no hubiese ningún pasaje civil disponible. La Marina sospechaba, y él sentía que un frío remolino de cólera amenazaba con dominarle a pesar del vino. Sin embargo, se mantenía exteriormente tranquilo, sentado ante su mesa.

¿Qué tenía contra él la Marina? Los servicios secretos tenían sospechas, pero ninguna prueba. Era el odio habitual de la Marina Espacial a los comerciantes imperiales, debido, pensaba, a que algunos miembros del Estado Mayor de la Marina eran judíos, y todos los judíos odiaban a los levantinos. Pero la Marina no podía tener ninguna prueba, porque si no no le invitarían a bordo de la *MacArthur* como huésped. Le pondrían grilletes. Eso significaba que Jonas Stone aún guardaba silencio.

Y debía seguir guardándolo. Bury le había pagado cien mil coronas

con promesa de más. Pero no tenía confianza alguna en Stone: dos noches antes, Bury había visto a determinados hombres en la parte baja de la calle Kosciusko y les había pagado cincuenta mil coronas, por lo que esperaba que muy pronto Stone guardara silencio eterno. Podría susurrar secretos en su tumba.

¿Quedaban más cabos sueltos?, se preguntó. No. Lo que ha de suceder sucederá, alabado sea Dios... Sonrió. Aquel pensamiento brotaba de modo espontáneo, y se despreciaba a sí mismo por aquella superstición estúpida. Que su padre alabase a Dios por sus éxitos; la fortuna sonreía al hombre que no dejaba nada en manos del azar; como él, que había dejado muy pocas cosas al azar en sus noventa años normales de edad.

El Imperio había llegado a Levante diez años después de nacer Horace, y al principio su influencia fue muy escasa. En aquellos tiempos la política interior era distinta y el planeta ingresó en el Imperio con unas condiciones casi iguales a las de los mundos más avanzados. El padre de Horace Bury pronto comprendió que el imperialismo podía ser rentable. Pasó a ser uno de los elementos utilizados por los imperiales para gobernar el planeta, y amasó una inmensa fortuna: vendió audiencias con el gobernador, y traficó con la justicia como con berzas en la plaza del mercado, pero siempre cuidadosamente, siempre dejando que otros afrontasen la cólera de los hombres del servicio interior.

Su padre fue cuidadoso con las inversiones y utilizó su influencia para conseguir que Horace Hussein se educase en Esparta. Le había dado incluso un nombre sugerido por un oficial de la Marina Imperial; solo más tarde se enteraron de que Horace era muy poco común en el Imperio y que además resultaba más bien cómico.

Bury ahogó el recuerdo de sus primeros días en las escuelas de la Capital con otro vaso de vino. ¡Había aprendido! Y ahora invertía el dinero de su padre y el suyo propio. Horace Bury no era un personaje del que uno pudiera reírse. Le había costado treinta años, pero sus agentes habían conseguido localizar al oficial que le había dado aquel nombre. Las grabaciones de su agonía estaban ocultas en la casa que tenía Bury en Levante. Él había sido el último en reír.

Ahora compraba y vendía hombres que reían para él, compraba votos en el Parlamento, naves, y había comprado casi aquel planeta de Nueva Chicago. El control de Nueva Chicago otorgaría a su familia influencia allí, más allá del Saco de Carbón, donde el Imperio era débil y se descubrían todos los meses nuevos planetas. Un hombre podía encontrar... ¡cualquier cosa!

El ensueño había ayudado. Ahora había convocado a sus agentes, al hombre que estaba al cargo de sus intereses allí, y a Nabil, que le acompañaría como criado en la nave. Nabil era un hombre bajo, mucho más que

Horace, más joven de lo que parecía, con una cara de hurón que podía adoptar miles de expresiones, y muy hábil con el puñal y el veneno, cuyo uso había aprendido en diez planetas. Horace Hussein Bury sonrió. Así que los imperiales le mantendrían prisionero a bordo de sus naves... Mientras las naves no se dirigiesen a Levante, les dejaría. Pero cuando llegasen a un puerto de gran tráfico, podría resultarles difícil hacerlo.

Rod trabajó durante tres días en la *MacArthur*. Hubo que reemplazar muchas piezas y materiales destruidos. Había pocos repuestos y la tripulación se pasó horas en el espacio canibalizando las naves de la flota de guerra de la Unión que orbitaban Nueva Chicago.

Lentamente la *MacArthur* fue quedando en perfectas condiciones de combate. Blaine trabajó con Jack Cargill, primer teniente y ahora segundo de a bordo, y con el teniente Jock Sinclair, ingeniero jefe. Como muchos otros oficiales de ingeniería, Sinclair era de Nueva Escocia. Su fuerte acento era común entre los escoceses en todo el espacio. Lo habían conservado orgullosamente como un distintivo durante las guerras separatistas, aun en planetas donde el gaélico era un idioma olvidado. Rod sospechaba que los escoceses estudiaban aquel idioma en sus horas libres para que resultase ininteligible al resto de la humanidad.

Se soldaron las placas del casco, utilizando enormes fragmentos de armadura de las naves de guerra de la Unión. Sinclair hizo maravillas adaptando a la *MacArthur* el equipo disponible en Nueva Chicago, un repuesto de piezas que difícilmente se ajustaban al diseño original de la nave. Los oficiales de puente trabajaban noche tras noche intentando explicar y traducir los cambios a la computadora principal de la nave.

Cargill y Sinclair estuvieron a punto de pelearse a puñetazos discutiendo algunas de las adaptaciones, sosteniendo Sinclair que lo importante era que la nave estuviese lista para el espacio, e insistiendo el teniente en que nunca podría controlar las reparaciones de las instalaciones de combate porque ni Dios sabía lo que se había hecho en la nave.

—No me agrada oír esa blasfemia —estaba diciendo Sinclair cuando Rod se acercó a ellos—. ¿No es suficiente que tenga que soportar lo que se ha hecho ya a la nave?

—¡No, a menos que quieras hacer también tú de cocinero, chapuce-ro maniático! Esta mañana no ha habido manera de hacer funcionar la cafetera. Uno de tus artilleros se apoderó del calentador microondular. Ahora, por amor de Dios, haz que lo devuelva...

—Muy bien, te lo devolveré cuando me encuentres piezas para la bomba que estoy reemplazando. A ti, por supuesto, te da igual que la nave pueda luchar de nuevo o no. Para ti es más importante el café.

Cargill tomó aliento y luego continuó:

—La nave podrá luchar —dijo en lo que parecía una discusión de niños— hasta que alguien le haga un agujero. Entonces hay que arreglarla. Ahora suponte que yo tuviese que reparar esto —dijo indicando con la mano algo que Rod estaba casi seguro de que era un extractor-transformador de aire—. Ahora esta maldita cosa está toda medio fundida. ¿Cómo voy a saber yo lo que está dañado? ¿O si está dañado? Supón...

Pero en ese momento Rod consideró que era mejor aproximarse. Envió al ingeniero jefe a un extremo de la nave y a Cargill al otro. No resolverían su disputa hasta que la *MacArthur* no quedase totalmente reparada en los talleres de Nueva Escocia.

Blaine pasó una noche internado bajo el control del teniente médico. Salió con el brazo inmovilizado en un gran envoltorio como una almohada. Estuvo receloso y especialmente alerta durante los días siguientes, pero nadie llegó a reírse, al menos lo bastante alto como para que él lo oyera.

Al tercer día de hacerse cargo del mando, Blaine hizo una inspección. Se paralizaron todos los trabajos y se dio rotación a la nave. Luego Blaine y Cargill la recorrieron.

Rod sintió la tentación de aprovecharse de su experiencia anterior en la *MacArthur*. Conocía todos los lugares donde podía esconderse en pleno trabajo un oficial ejecutivo perezoso. Pero era su primera inspección, la nave acababa de ser reparada de los daños del combate, y Cargill era un oficial demasiado bueno para dejar pasar algo que pudiese haber corregido. Blaine hizo un recorrido general, comprobando las cosas más importantes y dejando a Cargill que le guiase. Mientras lo hacía, decidió mentalmente no permitir que aquello fuese un precedente. Cuando hubiese más tiempo, volvería a revisar la nave y lo comprobaría todo.

En el espaciopuerto de Nueva Chicago aguardaba una compañía completa de infantes de marina. Como el generador del campo Langston de la ciudad había caído, habían cesado por completo las hostilidades. En realidad, la mayoría de la población parecía dar la bienvenida a las fuerzas imperiales con un agotado alivio más convincente que los desfiles y los vítores. Pero la rebelión de Nueva Chicago había sido una gran sorpresa para el Imperio; no sería difícil que se repitiese pronto.

Así pues, los infantes de marina patrullaban el espaciopuerto y guardaban las naves imperiales, y Sally Fowler sintió sus miradas mientras caminaba con sus criados bajo la ardiente luz del sol hacia la nave. No la molestaron. Era la sobrina del senador Fowler. Solo podían contemplarla.

Encantadora, pensaba uno de los soldados. Pero sin expresión. Sería lógico pensar que se siente feliz de poder salir de este inmundo campo prisión, pero no lo parece. El sudor goteaba sin cesar por las costillas del hombre, y pensó: Ella no suda. Fue tallada en hielo por el mejor escultor de todos los tiempos.

El vehículo era grande, y estaba vacío en sus dos tercios. Los ojos de Sally se posaron sobre dos hombres bajos y oscuros (Bury y su criado, y no había duda alguna sobre quién era quién) y cuatro hombres más jóvenes que mostraban temor, ansiedad y desconcierto. Se veía a las claras que eran de las zonas más remotas de Nueva Chicago. Nuevos reclutas, pensó.

Ocupó uno de los últimos asientos del fondo. No tenía ganas de hablar con nadie. Adam y Annie la miraron con expresión preocupada, y luego se sentaron enfrente. Ellos la comprendían.

–Es bueno poder irse –dijo Annie.

Sally no contestó. No sentía nada en absoluto.

Tenía esa sensación desde que los soldados imperiales habían irrumpido en el campo de concentración. Con ellos había llegado buena comida, un baño caliente, ropas limpias y respeto hacia ella... Y, sin embargo, nada de esto la había afectado. Nada sentía. Aquellos meses en el campo de concentración habían quemado algo en su interior. Quizás permanentemente, pensaba. Le molestaba su propia lejanía.

Cuando Sally Fowler dejó la Universidad Imperial de Esparta con su título de doctora en antropología convenció a su tío de que en vez de enviarla a la escuela graduada la enviase de viaje por el Imperio, para visitar las provincias recién conquistadas y estudiar directamente las culturas primitivas. Incluso escribiría un libro.

–Después de todo –había insistido–, ¿qué voy a hacer aquí? Donde me necesitan es allí, más allá del Saco de Carbón.

Sally tenía una imagen mental de su triunfal regreso, con publicaciones y artículos eruditos, consiguiendo un puesto destacado en su profesión en vez de esperar pasivamente a que algún joven aristócrata se casase con ella. Sally se proponía casarse, pero no mientras no dispusiese de algo más que su herencia. Quería ser algo por sí misma, servir al Reino en algo más que darle hijos para que muriesen en naves de combate.

Sorprendentemente, su tío había aceptado. Si Sally hubiese sabido algo más de la gente que lo que enseña la psicología académica, podría haber comprendido por qué. Benjamin Bright Fowler, el hermano más joven de su padre, no había heredado nada, había obtenido su puesto dirigente del Senado a base de coraje y habilidad. Como no tenía hijos con-

sideraba como hija suya a la única descendiente de su hermano, y estaba harto de las jóvenes cuyo único mérito eran sus parientes y su dinero. Sally y una compañera de clase habían salido de Esparta con los criados de Sally, Adam y Annie, hacia las provincias, para estudiar las culturas humanas primitivas que la Marina Espacial descubría constantemente. Algunos planetas llevaban trescientos años o más sin que los visitase ninguna nave, y las guerras habían reducido hasta tal punto sus poblaciones que los supervivientes habían retrocedido a la barbarie.

Camino de un mundo colonia primitivo, hicieron una parada en Nueva Chicago para cambiar de nave, cuando estalló la revolución. Dorothy, la amiga de Sally, estaba fuera de la ciudad aquel día, y nunca más se volvió a saber de ella. Los guardias de la Unión del Comité de Salud Pública habían sacado a Sally de sus habitaciones del hotel, le habían quitado cuanto tenía de valor y la habían encerrado en el campo prisión.

Durante los primeros días la situación en el campo era más o menos aceptable. Nobleza imperial, funcionarios civiles y antiguos soldados imperiales hacían el campo más seguro que las calles de Nueva Chicago. Pero día a día aristócratas y funcionarios del gobierno fueron retirados del campo y no volvió a vérselos, añadiéndose a la mezcla delincuentes comunes. Adam y Annie dieron con ella de algún modo, y los otros habitantes de su tienda eran ciudadanos imperiales, no delincuentes. Sally sobrevivió primero días, luego semanas y por último meses de presión bajo la negra noche interminable del campo Langston de la ciudad.

Al principio había sido una aventura, aterradora, desagradable, pero nada más. Luego comenzaron a reducirse las raciones, y siguieron disminuyendo, y los prisioneros empezaron a pasar hambre. Hacia el final los últimos signos de orden habían desaparecido. No se cumplían las normas sanitarias. Cadáveres hinchados yacían en montones junto a las verjas días y días hasta que venían por ellos los escuadrones encargados de recoger a los muertos.

Aquello se convirtió en una pesadilla interminable. Su nombre apareció en la verja: el Comité de Salud Pública la reclamaba. Los demás compañeros juraron que Sally Fowler había muerto, y, como los guardianes raras veces entraban en la zona de los prisioneros, pudo librarse del destino que tuvieron otros miembros de las familias gobernantes.

Cuando las condiciones empeoraron, Sally encontró una nueva fuerza interior. Intentó convertirse en un ejemplo para el resto de los de su tienda. Todos la consideraban su jefe, con Adam como su primer ministro. Si ella lloraba, cundía el pánico. Y así, a los veintidós años normales de edad, el pelo negro convertido en una maraña, la ropa mugrienta y rota y las manos ásperas y sucias, Sally no podía siquiera refugiarse en un rincón y llorar. Lo único que podía hacer era soportar la pesadilla.

Dentro de la pesadilla se oyeron rumores de naves imperiales en el cielo sobre la cúpula negra... y rumores de que los prisioneros serían sacrificados antes de que las naves pudiesen penetrar. Sally había sonreído fingiendo no creer posible tal cosa. ¿Fingiendo? Una pesadilla no era algo real.

Luego habían irrumpido los infantes de la Marina Imperial, dirigidos por un hombre alto cubierto de sangre, con las maneras de la Corte y un brazo en cabestrillo. La pesadilla había terminado pues, y Sally esperaba despertar. La habían lavado, alimentado, vestido... ¿Por qué no despertaba? Sentía su alma envuelta en algodón.

La aceleración le oprimía el pecho. Las sombras en la cabina eran afiladas como cuchillas. Los reclutas de Nueva Chicago se apretujaban en las ventanillas, charlando. Debían de estar ya en el espacio. Pero Adam y Annie la observaban con ojos preocupados. Estaban gordos cuando llegaron por primera vez a Nueva Chicago. Ahora la piel de sus caras colgaba en pliegues. Sally sabía que le habían dado gran parte de sus propios alimentos. Sin embargo, parecían haber sobrevivido mejor que ella.

Me gustaría poder llorar, pensó. Debería llorar. Por Dorothy. Esperaba que ellos le dijese que Dorothy había aparecido. Nada. Desapareció en el sueño.

Una voz grabada dijo algo que ni siquiera intentó escuchar.

Luego sintió que la opresión del pecho desaparecía y que estaba flotando.

Flotando.

¿Iban a dejarla realmente marchar?

Se volvió bruscamente hacia la ventanilla. Nueva Chicago brillaba como cualquier mundo semejante a la Tierra, sus rasgos distintivos indiferenciables ya. Mares resplandecientes, tierras, todos los matices del azul se combinaban con el blanco escarcha de las nubes. Su tamaño iba disminuyendo. Sally apartó la vista ocultando la cara. Nadie debía ver aquel gesto feroz. En aquel momento podría haber ordenado que destruyesen por completo Nueva Chicago.

Después de la inspección, Rod dirigió las ceremonias del culto en la bodega hangar. Cuando acabaron el último himno el vigía de control anunció que los pasajeros llegaban a bordo. Blaine se ocupó de que la tripulación volviese a su trabajo. No habría domingos libres mientras la nave no estuviese en perfectas condiciones de combate, dijese lo que dijese las tradiciones del servicio sobre domingos en órbita. Blaine escuchó a los hombres mientras pasaban, atento a cualquier indicio de descontento. Pero oyó, por el contrario, conversaciones normales, y solo la expectativa previsible.

–Muy bien, sé perfectamente lo que es una paja –decía Stoker Jackson a su compañero–. Puedo entender lo que es tener una paja en un ojo. Pero, en nombre de Dios, ¿cómo puedo tener en un ojo una viga? Tú me dijiste eso, pero ¿cómo puede meterse una viga en el ojo de un hombre sin él saberlo? Es absurdo.

–Estás completamente en lo cierto. ¿Qué es una viga?

–¿Qué es una viga? Ah, ya, tú eres de *Tabletop*, ¿verdad? Bueno, una viga es madera cortada..., madera. Viene de un árbol. Un árbol, es decir, un *gran...*

Las voces se perdieron. Blaine siguió caminando rápidamente hacia el puente. Si Sally Fowler hubiese sido la única pasajera se habría sentido feliz de ir a recibirla en la bodega hangar, pero deseaba que aquel Bury comprendiese su relación cuanto antes. No quería que pensara que el capitán de una de las naves de guerra de su majestad salía a recibir a un comerciante.

Desde el puente Rod observó las pantallas mientras el vehículo cuneiforme se situaba en la misma órbita y era remolcado a bordo, penetrando en la *MacArthur* entre las grandes alas rectangulares de las puertas del hangar. Su mano se posó junto a los marcadores del intercomunicador. Aquellas operaciones eran complicadas.

Recibió a los pasajeros el brigadier Whitbread. El primero en entrar fue Bury, seguido de un hombre pequeño y oscuro que el comerciante no se molestó en presentar. Ambos llevaban ropa adecuada para el espacio, pantalones bombacho con apretadas bandas en los tobillos, túnicas con cinturón, todos los bolsillos con cremallera o cerrados con velcro. Bury parecía irritado. Maldijo a su sirviente, y Whitbread registró pensativo sus comentarios, proponiéndose hacerlos pasar más tarde por el cerebro de la nave. El brigadier envió al comerciante al interior con otro oficial de más baja graduación, pero esperó a la señorita Fowler para acompañarla él mismo. Había visto fotografías de ella.

Acomodaron a Bury en los compartimentos del capellán, y a Sally en la cabina del primer teniente. La razón ostensible de que ella tuviese habitaciones mayores era que Annie, su criada, tendría que compartir su camarote. Los criados varones podían acomodarse con la tripulación, pero las mujeres, aunque fuesen tan viejas como Annie, no podían mezclarse con los hombres. Los tripulantes se mantenían lo bastante apartados de los planetas como para desarrollar nuevos criterios estéticos. Jamás molestarían a la sobrina de un senador, pero con una criada era distinto. Todo parecía razonable, y si la cabina del primer teniente estaba próxima a las habitaciones del capitán Blaine, mientras que la del

capellán estaba una planta más abajo y tres mamparos después, nadie podía quejarse.

–Los pasajeros están a bordo, señor –informó el brigadier Whitbread.

–De acuerdo. ¿Están todos bien?

–Bueno, la señorita Fowler lo está, señor. El oficial Allot acompañó al comerciante a su cabina...

–De acuerdo.

Blaine se retrepó en su asiento de mando. La señorita Sandra (no, ella prefería que la llamaran Sally, según recordaba) no le había gustado demasiado los breves momentos en que la había visto en el campo prisión. Por lo que Whitbread decía, debía de haberse recuperado un poco. Rod había querido ocultarse cuando la reconoció saliendo de una tienda en el campo prisión. Estaba cubierto de sangre y polvo..., pero ella se había aproximado. Caminaba como una dama de la Corte, pero estaba delgada, hambrienta, y tenía grandes ojeras oscuras. Y aquellos ojos. Bueno, en dos semanas habría podido recuperarse, y ahora ya estaba libre de Nueva Chicago para siempre.

–Supongo que le habrán mostrado las estaciones de aceleración a la señorita Fowler –dijo.

–Lo he hecho, señor –contestó Whitbread. *Y las prácticas de gravedad nula*, pensó.

Blaine miró divertido a su brigadier. Le leía el pensamiento fácilmente. Bien, podía tener sus esperanzas, pero el rango tiene sus privilegios. Además, él conocía a la chica, la había conocido cuando ella tenía diez años.

–Llaman de la Casa del Gobierno –informó un soldado.

La alegre y despreocupada voz de Cziller llegó hasta él.

–¡Hola, Blaine! ¿Preparado para salir?

El capitán de la flota estaba retrepado en una silla, soplando y chupando una enorme y recia pipa.

–Sí, señor. –Rod iba a decir algo más, pero se detuvo.

–¿Están bien acomodados los pasajeros? –Rod podría haber jurado que su antiguo capitán estaba riéndose de él.

–Lo están, señor.

–¿Y su tripulación? ¿Ninguna queja?

–Sabe usted muy bien... Todo saldrá bien señor. –Blaine ahogó su cólera; le resultaba difícil enfadarse con Cziller, que, después de todo, le había entregado su nave, pero...-. No estamos sobrados de gente, pero nos las arreglaremos.

–Escuche, Blaine, no le he llamado por pura diversión. El caso es que aquí tenemos falta de personal, pero usted tiene mayor necesidad de él que nosotros. He enviado hacia su nave veinte reclutas, jóvenes locales que disfrutarán en el espacio. En fin, quizás lo hagan. Yo disfruté.

Novatos que no sabían nada y a los que habría que enseñárselo todo, pero los oficiales podían ocuparse de eso. Veinte hombres significarían una ayuda. Rod se sintió un poco mejor.

Cziller rebuscó entre sus papeles.

–Y le devolveré un par de escuadrones de sus infantes de marina, aunque dudo mucho que encuentren ustedes enemigos con los que combatir en Nueva Escocia.

–Está bien, señor. Gracias por dejarme a Whitbread y a Staley.

Salvo esos dos, Cziller y Plejanov se habían quedado con todos los brigadieres de a bordo y también con muchos buenos oficiales. Pero le habían dejado los mejores. *Bastaban* aquellos para que todo siguiera en marcha. La nave estaba viva, aunque las muchas literas vacías diesen la impresión de que había perdido una batalla.

–De nada. Es una buena nave, Blaine. Lo más probable es que el almirante no le deje a usted seguir al mando de ella, pero quizás tenga suerte. Y a me ve a mí, gobernando un planeta prácticamente sin nada. ¡No hay siquiera dinero! ¡Solo vales del gobierno! Los rebeldes se apoderaron de todas las coronas imperiales y emitieron papel impreso. ¿Cómo demonios vamos a conseguir poner en circulación dinero real?

–Es un problema, señor. –Como capitán, Rod era teóricamente del mismo rango que Cziller. El nombramiento de almirante era solo pura fórmula, para que los capitanes más veteranos que Cziller pudiesen, sin embarazo, cumplir sus órdenes como capitán de la flota. Pero Blaine aún tenía que pasar ante un comité de ascenso, y era lo bastante joven para que le preocupase aquella prueba. Quizás en seis semanas volviera a ser teniente.

–Una cuestión –dijo Cziller–. Hace un momento le he dicho que no había nada de dinero en el planeta, pero eso no es del todo exacto. Tenemos aquí algunos hombres muy ricos. Uno de ellos es Jonas Stone, el hombre que entregó la ciudad a sus infantes de marina. Dice que logró ocultar su dinero a los rebeldes. En fin, ¿por qué no? Era uno de ellos. Pero hemos encontrado a un simple minero que murió de una borrachera con una fortuna en coronas imperiales. No podrá decirnos de dónde sacó el dinero, pero creemos que procede de Bury.

–Comprendo, señor.

–Así que vigile a su excelencia. Tendrá sus despachos y a los nuevos miembros de su tripulación a bordo en el plazo de una hora. –Cziller miró su computadora–. Digamos cuarenta y tres minutos. Podrá usted marcharse tan pronto como estén a bordo.

Cziller se guardó en el bolsillo la computadora y comenzó a hurgar en su pipa, mientras continuaba:

–Dele recuerdos míos a MacPherson en los Talleres, y tenga en cuen-

ta una cosa: si el trabajo en los talleres se demora, y se demorará, no envíe informes al almirante. Lo único que conseguiría con ello sería sacar de quicio a MacPherson. En vez de eso, invite a Jamie a bordo y bébanse juntos unos tragos de whisky. Quizás no aguante usted tanto como él, pero intentarlo será más positivo que el memorándum.

—Sí, señor —dijo Rod, vacilante. Comprendía de pronto que no estaba preparado para mandar la *MacArthur*. Conocía los aspectos técnicos, seguramente mejor que Cziller; pero las docenas de pequeños trucos que solo se podían aprender con la experiencia...

Cziller debió de leer su pensamiento. Era una virtud que todos los oficiales que estaban bajo sus órdenes le habían atribuido.

—Relájese, capitán. No lo sustituirán antes de que llegue a la Capital, y por entonces llevará ya un montón a bordo de la vieja *Mac*. Tampoco pierda mucho tiempo preparando los exámenes de ascenso. No le servirá de nada.

Cziller sopló su inmensa pipa y luego aspiró y dejó que una espesa nube de humo brotase de su boca.

—Tiene usted mucho que hacer —prosiguió—, no quiero entretenerle. Pero cuando llegue a Nueva Escocia, procure fijarse en el Saco de Carbón. Hay pocas vistas en la galaxia que la igualen. El Rostro de Dios, le llaman algunos.

La imagen de Cziller se desvaneció, y su oblicua sonrisa pareció quedar en la pantalla como la del gato de Cheshire.

3. El banquete

La *MacArthur* se alejó de Nueva Chicago a una gravedad estándar. Por toda la nave los tripulantes procuraban cambiar la orientación de abajos-afuera de la órbita, en la que el giro proporcionaba la gravedad, por la de arriba-es-delante del vuelo energético. A diferencia de las naves mercantes que solían deslizarse largas distancias desde los planetas más internos a los puntos del Salto Alderson, las naves de guerra aceleraban constantemente.

A dos días de Nueva Chicago, Blaine celebró un banquete.

La tripulación colocó manteles y candelabros, pesados cubiertos y cristalería tallada, hechos por hábiles artesanos de media docena de mundos; un tesoro que pertenecía, no a Blaine, sino a la propia *MacArthur*. El mobiliario estaba todo en su sitio. Lo habían recuperado de los mamparos exteriores, adonde lo había llevado el giro, y recolocado en los posteriores..., salvo la gran mesa, que habían adosado a lo que era ahora la pared cilíndrica de la sala de oficiales.

Aquella mesa curvada había preocupado a Sally Fowler. La había visto dos días atrás, cuando la *MacArthur* aún estaba bajo giro y el mamparo exterior era una cubierta, también curvada. Blaine advirtió su alivio en cuanto la vio descender por la escalera.

Observó la ausencia de un alivio similar en Bury, que parecía afable, y muy tranquilo y satisfecho. Había pasado tiempo en el espacio, dedujo Blaine. Posiblemente más tiempo que él.

Era la primera oportunidad que tenía de recibir oficialmente a los pasajeros. Mientras se sentaba en su sitio a la cabecera de la mesa, observando a los asistentes con sus vestidos de un blanco impecable que traían el primer plato, Blaine reprimió una sonrisa. La *MacArthur* tenía de todo salvo comida.

—Me temo que la cena no va a estar a tono con el servicio —dijo a Sally—. Pero, en fin, ya veremos lo que encontramos.

Kelley y los asistentes habían conferenciado con el oficial jefe de cocina toda la tarde, pero Rod no esperaba gran cosa.

Había comida en abundancia, por supuesto. Alimentos típicos del espacio: bioplasma, filetes de levadura, maíz de Nueva Washington; pero Blaine no había tenido ninguna oportunidad de entrar en las cabinas almacenes en Nueva Chicago, y sus propios suministros habían sido destruidos en la lucha con las defensas planetarias rebeldes. El capitán Cziller se había llevado sus artículos personales. Se las había arreglado para llevarse también al cocinero principal y al cañonero de la torreta número tres, que había servido como cocinero del capitán.

Trajeron el primer plato, una fuente enorme con una gran tapa que parecía de oro batido. Dragones dorados se cazaban entre sí alrededor del perímetro, mientras flotaban sobre ellos benignamente los hexagramas de la buena suerte del *I Ching*. De estilo Xanadú, fuente y tapa valían tanto como uno de los botes de la *MacArthur*. El artillero Kelley se colocó detrás de Blaine, un mayordomo perfecto con su traje blanco y su faja escarlata. Resultaba difícil reconocerle como el hombre que podía hacer desmayarse con una reprimenda a los nuevos reclutas, como el sargento que había dirigido a los infantes de marina de la *MacArthur* en la lucha contra la Guardia de la Unión. Kelley levantó la tapa con un gesto teatral.

—¡Magnífico! —exclamó Sally.

Si se trataba solo de un cumplido, lo hacía muy bien. Kelley resplandeció. En la fuente apareció una reproducción en pasta de la *MacArthur* y la fortaleza de negras cúpulas contra la que había luchado, todos los detalles esculpidos con tanto cuidado como en una obra de arte del Palacio Imperial. Las otras fuentes eran lo mismo, así que, aunque ocultaban pastel de levadura y otras lindezas parecidas, el efecto fue de un banquete. Rod consiguió olvidar sus preocupaciones y disfrutar de la cena.

–Y ¿qué hará usted ahora, señorita? –preguntó Sinclair–. ¿Ha estado alguna vez en Nueva Escocia?

–No, ya que viajo, en principio, por motivos profesionales, teniente Sinclair. No sería halagador para su planeta natal el que yo lo hubiese visitado, ¿verdad? –Sonrió, pero había años luz de espacio vacío tras sus ojos.

–¿Y por qué no habría de halagarnos su visita? No habría lugar en el Imperio que no se sintiese honrado.

–Gracias..., pero soy una antropóloga especializada en culturas primitivas. Y Nueva Escocia no es precisamente eso –le aseguró. El acento del teniente despertaba en ella su interés profesional. *¿Hablan así realmente en Nueva Escocia? Este hombre habla como un personaje de una novela preimperio.* Pero pensó esto muy cuidadosamente, sin mirar a Sinclair mientras lo hacía. Percibía perfectamente el desesperado orgullo del ingeniero.

–Bien dicho –aplaudió Bury–. Me he encontrado con gran cantidad de antropólogos últimamente. ¿Es una nueva especialidad?

–Sí. Lástima que no fuésemos más antes. Hemos destruido todo lo que era bueno en tantos lugares incorporados al Imperio. Ojalá no se repitan esos errores.

–Supongo que debe de ser un gran choque –dijo Blaine– ser incluido de pronto en el Imperio, guste o no, sin previo aviso; incluso aunque no haya problemas. Quizás debiera haberse quedado usted en Nueva Chicago. El capitán Cziller dijo que tenían muchas dificultades para gobernar el planeta.

–Me resultaría imposible. –Ella miró sombríamente su plato, y luego alzó los ojos con una sonrisa forzada–. Nuestra primera norma es que debemos sentir simpatía hacia la gente que estudiamos. Y odio ese planeta –añadió con agria sinceridad. La emoción la hacía sentirse mejor. Incluso el odio era mejor que... el vacío.

–Sí, claro –asintió Sinclair–. A cualquiera le pasaría después de meses en un campo de concentración.

–Es aún peor que eso, teniente. Dorothy desapareció. Era la chica que venía conmigo. Simplemente... desapareció. –Hubo un largo silencio que incomodó a Sally–. No me permitan que estropee la fiesta.

Blaine buscaba algo que decir y Whitbread le dio su oportunidad. Al principio Blaine solo vio que el joven brigadier andaba haciendo algo en el borde de la mesa... pero ¿qué? Estaba tirando del mantel, probando su resistencia. Y antes había estado mirando la cristalería.

–Sí, señor Whitbread –dijo Rod–. Es muy fuerte.

Whitbread alzó la vista, ruborizándose, pero Blaine no se proponía poner nervioso al muchacho.

–El mantel, los cubiertos; la vajilla, la cristalería, tienen que ser muy

resistentes –dijo dirigiéndose a todos los comensales–. El material corriente no soportaría el primer combate. Nuestra cristalería es especial. Es material extraído del parabrisas de un vehículo averiado del Primer Imperio. O al menos eso me contaron. No somos ya capaces de fabricar materiales tan fuertes. El mantel no es en realidad tela; es fibra artificial, también del Primer Imperio. Las tapas de las fuentes son acero-cristal electroplacado sobre oro batido.

–El cristal fue lo que primero me llamó la atención –dijo Whitbread respetuosamente.

–Lo mismo me pasó a mí, hace algunos años –dijo Blaine con una sonrisa.

Eran oficiales, pero eran también muy jóvenes aún, y Rod recordó la época en que se hallaba en una situación similar. Trajeron más platos, mientras Kelley orquestaba la cena. Por último, la mesa se despejó quedando solo el café y los vinos.

–Señor Vice –dijo protocolariamente Blaine.

Whitbread, tres semanas más joven que Staley, alzó su copa.

–Capitán, señora. Por su majestad imperial.

Los oficiales alzaron las copas para brindar por su soberano, tal como habían hecho los hombres de la Marina durante dos mil años.

–Debe permitirme usted que le enseñe mi planeta natal –dijo Sinclair, ansiosamente.

–Desde luego. Gracias. Aunque no sé cuánto tiempo pararemos allí.

Sally miró interrogante a Blaine.

–Ni yo. Tenemos que hacer una reparación general, y no sé el tiempo que tardarán los técnicos en los talleres.

–Bueno, si no es demasiado tiempo, esperaré aquí. Dígame, teniente, ¿hay mucho tráfico de Nueva Escocia a la Capital?

–Más que entre la mayoría de los mundos de este sector del Saco de Carbón y la Capital, aunque eso no sea decir mucho. Hay pocas naves con servicios decentes para pasajeros. Quizás el señor Bury pueda decirle más. Sus naves trabajan también en Nueva Escocia.

–Pero, tal como dice usted, no transportan pasajeros. Nuestro negocio es reducir el comercio interestelar, ¿sabe? –Bury vio miradas quisquillosas; luego continuó–: Autonética Imperial se dedica al transporte de fábricas robóticas. Siempre que podemos hacer algo más barato en un planeta, instalamos fábricas. Nuestra principal competencia son los cargueros mercantes.

Bury se sirvió otro vaso de vino, eligiendo cuidadosamente uno del que Blaine había dicho que tenían poca reserva. (*Debía ser bueno; si no su escasez no habría preocupado al capitán.*)

–Por eso estaba yo en Nueva Chicago cuando estalló la rebelión.

Cabeceos de aceptación de Sinclair y de Sally Fowler; Blaine siguió inmóvil e imperturbable; Whitbread hizo un gesto a Staley –*espera a que te cuente*–, con lo que indicó a Bury más de lo que este deseaba saber. Sospechas, pero nada confirmado, nada oficial.

–Tiene usted una vocación fascinante –dijo a Sally antes de que el silencio pudiese prolongarse–. Háblenos más de su profesión. ¿Ha visto usted muchos mundos primitivos?

–Ninguno –contestó ella quejumbrosamente–. Sé de ellos solo por los libros. Teníamos que haber ido a visitar Arlequín, pero la rebelión...

–Yo estuve una vez en Makasar –dijo Blaine.

La cara de Sally se iluminó de inmediato.

–Había todo un capítulo dedicado a ese mundo. Era muy primitivo, ¿verdad?

–Aún lo es. No había allí una gran colonia con que empezar. Todo el complejo industrial quedó destruido en las guerras separatistas, y nadie visitó el planeta en cuatrocientos años. Cuando llegamos nosotros, tenían una cultura Edad de Hierro. Espadas. Cotas de malla, barcos de madera...

–Pero ¿cómo era la gente? –preguntó Sally muy interesada–. ¿Cómo vivían?

Rod se encogió de hombros, incómodo.

–Estuve, allí solo unos días. Apenas tuve tiempo de ver cómo era aquello. Hace años, tendría yo la edad de Staley. Recuerdo sobre todo que anduve buscando una buena taberna. –*Después de todo, deseó añadir, no soy antropólogo.*

La conversación se desvió. Rod se sentía cansado y esperaba una oportunidad que le permitiese dar por concluida la cena sin brusquedades. Los otros parecían atornillados a sus asientos.

–Ustedes estudian la evolución cultural –dijo amistosamente Sinclair–, y quizás esté bien que lo hagan. Pero ¿no podría darse también evolución física? El Primer Imperio era muy grande y estaba muy extendido, había espacio suficiente casi para cualquier cosa. ¿No podríamos encontrar en algún sitio, en algún rincón olvidado del viejo Imperio, un planeta lleno de superhombres?

Ambos brigadieres parecieron de pronto mostrarse muy atentos. Bury preguntó:

–¿Qué dirección tomaría la evolución física de los humanos, señorita?

–Según nos enseñaron, no es posible la evolución en los seres inteligentes –dijo ella–. Las sociedades protegen a sus miembros más débiles. Las civilizaciones suelen fabricar sillas de ruedas y gafas y auriculares para sordos en cuanto disponen de herramientas para hacerlo. Cuando una sociedad hace la guerra, los hombres suelen pasar por una prueba de ap-

titud antes de que se les permita arriesgar sus vidas. Supongo que esto ayuda a ganar la guerra –sonrió–, pero deja muy pocas posibilidades de que sobrevivan los más aptos.

–Pero supongamos –sugirió Whitbread–, supongamos que una cultura hubiese retrocedido mucho más atrás que la de Makasar... Que hubiese retrocedido hasta el salvajismo total: bastones y fuego. Entonces tendría que haber evolución, ¿no es así?

Tres vasos de vino habían borrado el pesimismo y la inercia de Sally, que parecía ansiosa por hablar de cuestiones profesionales. Su tío le decía a menudo que hablaba demasiado para una dama, y ella intentaba controlarse, pero el vino siempre le producía aquel efecto..., el vino y un público atento. Se sentía bien, después de semanas de vacío.

–Desde luego –dijo–. Hasta una sociedad evoluciona. Existe selección natural hasta que hay un número suficiente de humanos que se agrupan para protegerse mutuamente frente al medio. Pero no es suficiente. Señor Whitbread, hay un mundo en el que practican el infanticidio ritual. Los mayores examinan a los niños y matan a los que no se ajustan a sus normas de perfección. No es evolución, exactamente, aunque podrían conseguirse así algunos resultados..., pero no ha transcurrido aún tiempo suficiente.

–Hay gente que selecciona caballos mediante una crianza especial. Y perros –comentó Rod.

–Sí. Pero no han conseguido nuevas especies. Nunca. Y las sociedades no pueden mantener reglas constantes el tiempo suficiente para que se produzcan cambios reales en la raza humana. Tendría que transcurrir un millón de años... Por supuesto, ha habido intentos deliberados de crear superhombres. Como en el Sistema Sauron.

Sinclair lanzó un gruñido.

–Esos salvajes... –escupió–. Fueron ellos los que iniciaron las guerras separatistas y casi nos matan a todos.

Se detuvo de pronto, al ver que el brigadier Whitbread carraspeaba. Sally intervino rápidamente.

–Ese es otro sistema por el que no puedo sentir simpatía. Aunque ahora sean fieles al Imperio...

Miró a su alrededor. Todos tenían una expresión extraña, y Sinclair intentaba ocultar la cara detrás del vaso de vino que sostenía. El rostro anguloso del brigadier Horst Staley parecía como tallado en piedra.

–¿Qué pasa? –preguntó Sally.

Hubo un largo silencio. Por último habló Whitbread:

–El señor Staley es del Sistema Sauron, señorita.

–Vaya..., cuánto lo siento –balbució Sally–. Creo que he metido la pata..., en realidad, señor Staley, yo...